# El cooperativismo en la praxis de Luis Emilio Recabarren y sus proyecciones actuales para el socialismo autogestionario[[1]](#footnote-1).

Luis Aguilera Donnay

Militante del Movimiento de Pobladoras y Pobladores en Lucha

# Presentación

El Movimiento de Pobladoras y Pobladores en Lucha está próximo a cumplir 10 años de existencia, en los cuales ha delineado, en conjunto con otras organizaciones hermanas, una praxis política orientada a la construcción del socialismo autogestionario y el feminismo comunitario, como una estrategia sociopolítica de construcción de una nueva sociedad que combata hasta el final todas las formas de explotación, colonialismo y patriarcado.

Dentro de esa línea, el cooperativismo juega un papel central, ya que se entiende como una práctica que combina la recuperación por parte de las y los trabajadores de los medios de producción y reproducción, no sólo en relación a la apropiación del valor, sino que también en la recuperación del control de los procesos productivos y reproductivos, lo que implica que las y los sujetos populares empiezan a recobrar para sí mismos sus propias vidas, mediante el desarrollo de formas de trabajo desalienado, orientadas a la autogestión del hábitat popular y el buen vivir.

En esta perspectiva, resulta fundamental que como MPL (y, en realidad, desde la óptica de cualquier movimiento sociopolítico que se inscriba en la línea de la autogestión) podamos fortalecer nuestra praxis cooperativista desde el punto de vista práctico (consolidar más emprendimientos cooperativos, articularnos en –y ayudar a fortalecer- las redes de economía solidaria existentes en Chile y el continente, diversificar los ámbitos productivos y reproductivos del cooperativismo) y también desde el punto de vista teórico y de la autoformación. Dentro de ese objetivo estratégico, aparece como una tarea de vital importancia el rescatar las formas de pensamiento y acción que las clases populares de Nuestra América han llevado adelante antes que nosotros, poder comprender y aprehender de manera crítica los aciertos y errores que nuestras y nuestros antecesores enfrentaron en el largo camino de liberación popular que seguimos transitando.

En específico, este artículo corresponde a una investigación bibliográfica que busca generar un aporte en la sistematización de un elemento importante en el imaginario político de Luis Emilio Recabarren[[2]](#footnote-2), como es el cooperativismo, pero que ha tendido a permanecer relativamente invisibilizado respecto a otras aristas de su vida política. De esta forma, su valor reside en la generación de un cuerpo de información resumido y documentado sobre la valoración política que la construcción de cooperativas tenía para “el padre del movimiento obrero chileno”.

En la misma línea, esta investigación también busca generar un aporte en la sistematización del papel que en la actualidad posee el cooperativismo en movimientos políticos que inscriben su praxis en la línea del socialismo autogestionario, como el MPL en específico, permitiendo identificar los elementos comunes que estas prácticas actuales poseen con el pensamiento recabarrenista.

# Recabarren como figura mítica de los movimientos populares chilenos

Luis Emilio Recabarren es una figura central para los diferentes movimientos sociopolíticos chilenos y latinoamericanos que se inscriben y actúan desde el campo popular. Lamentablemente, hasta el día de hoy su figura juega un papel más cercano a la mitología de un gran personaje, más que la de un precursor de ideas y prácticas políticas concretas, que pueden y deben ser entendidas en profundidad y problematizadas para generar una recepción y aplicación crítica (Massardo, 2008).

En la actualidad existen una serie de movimientos sociales y políticos que en su práctica política cotidiana presentan muchos rasgos que son asimilables a lo que Recabarren en su época planteaba como programa de acción y pensamiento, pero en muy pocos de estos movimientos existe una conciencia acabada de qué tanto su programa es tributario del pensamiento del “apóstol del socialismo”. En particular, aquellos movimientos que se inscriben en la línea que se ha denominado socialismo autogestionario, como el Movimiento de Pobladoras y Pobladores en Lucha (MPL), poseen muchísimos puntos en común con la política recabarrenista, pero han (hemos) tematizado y reflexionado muy poco y de manera muy superficial estas coincidencias, lo que adquiere un énfasis especial respecto al rol y al alcance del cooperativismo en la práctica política.

En el último tiempo han aparecido algunos trabajos de gran profundidad crítica respecto a las características y los elementos del pensamiento de Recabarren, así como de las condiciones históricas donde este se desenvolvió (por ejemplo, “La formación del imaginario político de Luis Emilio Recabarren” de Jaime Massardo o “Luis Emilio Recabarren. Una biografía histórica” de Julio Pinto). A partir de estos trabajos, en combinación con otras investigaciones más antiguas y la revisión de los escritos del propio Recabarren, es posible plantear la posibilidad de generar una investigación que dé cuenta específicamente de la visión y el papel que el histórico dirigente proletario le asignaba al cooperativismo en la práctica política de las clases populares.

Vinculado a la caracterización de esta temática específica de investigación (el papel del cooperativismo en el pensamiento político de Recabarren), se deben establecer cuáles son los vínculos y los aprendizajes que se pueden extraer para la praxis política contemporánea, intentando realizar una comprensión crítica de cuáles son los factores de organización económica, social y política comunes y divergentes respecto a los dos períodos históricos en cuestión, desarrollando la vinculación que existe entre el pensamiento y la acción de Recabarren y la construcción del socialismo autogestionario.

# Un Recabarren múltiple

Si para cualquiera de nosotros, “personas normales”, se nos hace muy difícil pensarnos y caracterizarnos de un modo unívoco, unidimensional, intentar realizar ese ejercicio con un sujeto social y político de la talla de Luis Emilio Recabarren Serrano, resulta imposible, a menos, claro está, que dicho ejercicio se haga con la intencionalidad política de encasillarlo en una cierta línea de pensamiento y acción, ya sea para apropiarse su figura y reivindicarla como propia, ya sea para rechazar su legado y descartarlo como fuente de inspiración para la actuación presente y futura.

Las principales investigaciones publicadas en los últimos años sobre la figura de Recabarren (Massardo, 2008; Pinto, 2013) coinciden en relevar la importancia que tuvo la realidad política y social concreta en la que se desenvolvió para dar forma a su praxis política y a su formación y elaboración teórica. Esto quiere decir que en el desarrollo del pensamiento y acción impulsada por Recabarren van a ir confluyendo las lecturas a las que tuvo acceso (que se encuentran determinadas por las condiciones materiales de producción y distribución de obras escritas en el período de finales del siglo XIX y comienzos del XX) con las experiencias concretas de acción política existentes en nuestro país y en los territorios en los cuales le tocó desenvolverse.

Massardo (2008) identifica tres matrices principales en la formación del imaginario político de Recabarren: la tradición libertaria (o anarquista) con fuertes influencias del cristianismo, la demócrata-republicana y la socialista.

“Recabarren da forma a una suerte de sincretismo cultural que “traduce” en el hacer y en el sentir de los trabajadores y del propio pueblo chileno aquellas tradiciones predominantes en el movimiento obrero internacional. Este sincretismo […] va a transformarse en el punto de partida de la visión de mundo que caracteriza un movimiento orgánico de la actividad política de estos mismos trabajadores y del pueblo chileno” (Massardo, 2008: 278-279)

A pesar de que a medida que pasa el tiempo y cambian las condiciones sociopolíticas en el país y en el mundo, y LER va a ir dándole mayor énfasis a elementos de una matriz por sobre la otra, se puede sostener que existe una continuidad en su praxis que permite reconocer la convivencia y la supervivencia de las tres raíces teóricas. Resulta gráfica la descripción realizada por Alejandro Escobar y Carvallo (militante anarquista) sobre Recabarren en una carta de emplazamiento público: “¿Es usted socialista? ¿Es usted anarquista? ¿Es usted demócrata? Yo no lo sé. Pero me lo represento como los tres a la vez” (Citado por Massardo, 2008: 30).

Como puede suponerse, esta mezcla de diferentes tradiciones no necesariamente cuaja en una síntesis perfecta, ausente de contradicciones internas en el pensamiento o en la acción. A lo largo de la vida política de Recabarren van a ser reiterados los emplazamientos de uno u otro sector político a que se defina más claramente por una línea o que abandone las “desviaciones” que provienen de las tradiciones que se está buscando combatir. Como ya señalábamos, Recabarren se encontraba completamente inmerso en la actuación política concreta y, fiel a su manera de pensar, nunca eludió el debate y la confrontación de ideas, y aunque su tránsito desde su militancia en el Partido Demócrata (PD) a la fundación del Partido Obrero Socialista (POS) y la posterior transformación en Partido Comunista (PC) haya implicado ciertas transformaciones o mayores énfasis en las definiciones políticas que defendió en cada período, nos parece que es posible sostener que hay una predominancia de una línea teórico-práctica que, en términos gruesos, se mantiene constante en el tiempo.

El primer elemento que marca esta línea de pensamiento y acción está dado por la convicción de que el capitalismo ejerce explotación y opresión sobre los trabajadores, degradándolos en el plano económico, social y cultural. Esta degradación se traduce tanto en condiciones materiales pauperizadas como en la presencia de vicios morales que colocan a los trabajadores en una condición de inferioridad social. Por ejemplo, Recabarren definía en 1903 de la siguiente forma los beneficios morales que significaba para los trabajadores ingresar a la Mancomunal de Tocopilla:

“Los beneficios morales también están a la vista de todos los trabajadores que, teniendo vicios antes de entrar a estas sociedades, una vez en su seno, los abandonamos y aprendemos a vestirnos con limpieza, nos acostumbramos a la sociabilidad culta, y las horas dedicadas al servicio social son horas sustraídas a la embriaguez, al juego o a otros vicios.

Las sociedades obreras son para nosotros verdaderas escuelas de cultura y moralidad, donde olvidamos los vicios, para beber las sanas ideas libertarias en cuyo ambiente han de nacer nuestros hijos”. (Recabarren, 1903, “El ahorro forzoso”, en *El Trabajo*, Tocopilla).

Para combatir el capitalismo y sus efectos sobre la realización plena de los trabajadores, Recabarren sostuvo siempre que sólo la acción autónoma de las clases populares sería capaz de permitir su emancipación. De ahí su famosa y reiterada frase que, parafraseando a Marx, dice que “la emancipación de los trabajadores debe ser obra de los trabajadores mismos” (Recabarren, 1902, “Carta a Abdón Díaz, en *El Trabajo,* Iquique).

Esta acción autónoma, a pesar de que, como ya veremos, debe desarrollarse en varios planos diferentes y simultáneos, tiene un fuerte carácter pedagógico, pues parte de la tesis que indica que lo fundamental para que la clase trabajadora desarrolle su potencial revolucionario y triunfe es que los mismos trabajadores tomen conciencia de sus condiciones de explotación y se organicen para luchar contra la dominación capitalista. La acción revolucionaria es sobre todo una acción de esclarecimiento que se realiza y se fortalece desde todos los centros de sociabilidad obrera: mancomunales, filarmónicas, centros sociales, bibliotecas, periódicos, sindicatos, cooperativas, partidos políticos, etc.

“Desde que el obrero y empleado comprenda que es explotado, desde que el obrero perciba que puede mejorar su condición, sentirá la necesidad de unirse a sus demás compañeros de trabajo y comprenderá el valor de la unión.

Mientras el estado de razón del obrero y la obrera, el empleado y la empleada, no se desarrolle, no madure, no será posible que comprendan las “causas” que producen su miseria, ni los “medios” que existen para remediar esos males.

Este estado de ignorancia, de insensatez de la clase trabajadora, en el presente momento histórico no puede modificarse favorablemente para su bienestar sino por la acción de la organización obrera y socialista ya existente, cuya unidad fundamental debe ser el sindicato” (Recabarren, 1917: p. 1)

Otro elemento muy interesante de las concepciones políticas de Recabarren tiene que ver con la idea que el socialismo, como estadio superior de relaciones sociales, no se alcanza a partir de una acción específica de toma del poder, sino que se empieza a construir en el presente. El mejoramiento de las condiciones de vida de las clases populares es una tarea inmediata y que, en la medida que se consigue a partir de la acción de los proletarios, empieza a prefigurar las formas que debería ir tomando la vida social una vez abolido el capitalismo. Pero más importante aún, es deber de los trabajadores el aumentar sus niveles de educación, de manera de poder convencerse de que son capaces de dirigir la sociedad por sí mismos, sin el concurso de los patrones y los burgueses, de manera de ir preparando las bases de la construcción de una sociedad comunista:

“Un proletariado educado reconocerá esta situación desastrosa en que se ha colocado el régimen capitalista como una situación sin remedio, y entonces verá que cuando nuestra declaración dice: “debido a lo cual ES NECESARIO preparar las fuerzas obreras de modo que la tarea de reconstrucción en el régimen comunista resulte más fácil y sencilla”, nos indica con esta expresión clara y enérgica lo que tenemos que hacer todos los días. Es decir, preparar las fuerzas obreras en el sentido de desarrollar su capacidad y su disciplina, pues, si comprendemos que en el conjunto de las grandes masas obreras la Federación Obrera llevará el papel educativo y directivo, es absolutamente preciso que la mayor parte de sus afiliados y afiliadas se posesionen de la misión que están llamadas a desempeñar” (Recabarren, 1922. *Hacia un sindicalismo consciente y revolucionario: Aprendamos lo que enseña nuestro programa federal.* La Federación Obrera, Santiago)

Massardo establece un paralelo entre estas concepciones y las tesis desarrolladas por Antonio Gramsci respecto al concepto de *hegemonía*, que suponen la capacidad de un grupo social de convertirse en un grupo dirigente en términos intelectuales y morales, proceso que se presenta como un *requisito* para la toma del poder y para el posterior ejercicio de construcción de una sociedad socialista. A juicio de este historiador chileno, resulta interesante notar que a pesar de que Gramsci y Recabarren se cruzaron en algunas instancias de reunión de la Internacional Comunista (en particular el IV Congreso de 1922), no hay ningún registro que indique intercambios directos entre los delegados italianos y chilenos. A pesar de esto, la praxis política de LER se encontraría fuertemente emparentada con la esbozada por su par italiano:

“En lo que a Chile respecta, la convicción de Recabarren de que la clase trabajadora puede y debe convertirse en fuerza dirigente de la sociedad chilena o, lo que es lo mismo, conquistar su “dirección intelectual y moral”, no proviene de ningún esquema *a priori*, ni de ningún elemento exterior a la *praxis* que lleva a cabo esta misma clase trabajadora, *praxis* que se crea en el propio proceso destinado a satisfacer sus necesidades. Se trata, como lo mostrábamos más arriba, de una convicción que se construye sobre una comprensión profundamente arraigada en que la acción política revolucionaria se sustenta en el valor de la libertad individual y del convencimiento personal, ergo, en la función legitimadora de la conciencia, comprensión que, a su turno, resulta reveladora de una radical concepción de la democracia. Los trabajadores deberán, en la lucha por satisfacer sus necesidades, en la lucha por defender sus intereses, transformarse, por la fuerza misma de las cosas, en la fuerza dirigente del proceso social y político que se desarrolla antes de la toma del poder político, y será esta misma clase trabajadora, asimilada por Recabarren a la noción de “obreros y empleados de ambos sexos” organizados en la Federación Obrera de Chile, la que deberá ejercer después ese mismo poder” (Massardo, 2008: 274-275).

## Tres planos integrados de acción política

Aunque se pueda establecer un balance crítico respecto a qué planos fueron impulsados con más fuerza o consiguieron mayores resultados concretos, es destacable que a lo largo de toda la obra de propaganda y educación popular desplegada por Recabarren se pueda encontrar una fórmula que integra tres planos básicos de acción: acción gremial, acción cooperativa y acción política.

“Para realizar el ideal socialista basta solamente un poco de voluntad. Es menester para ello organizar todos los elementos trabajadores en las siguientes condiciones.

GREMIALMENTE, agrupándose todos los trabajadores de cada oficio para defender sus intereses inmediatos en su contacto con la clase capitalista o gobernante. La organización gremial es el medio por el cual el obrero mejora su situación conquistando mayor salario, menos horas de trabajo y mejores reglamentos.

FUNDANDO COOPERATIVAS, en sociedades por acciones, en las cuales se agrupan las familias, se conseguirá el abaratamiento de la vida y se mejorará la calidad de los alimentos. Con esta organización al lado de la gremial, los trabajadores harán efectivas sus conquistas.

LA ORGANIZACIÓN POLÍTICA, como partido obrero de clase, es indispensable, para que el proletariado organizado en gremios y cooperativas, conquiste con la acción política la disminución de los impuestos que encarecen la vida y la supresión de los empleos inútiles que motiven grandes gastos que gravan la vida diaria” (Recabarren, citado en Grez, 2011: 63-64).

Cada uno de estos planos tiene sus propios objetivos de desarrollo y se fundamenta en diferentes aspectos de la explotación capitalista, pero siempre deben ser entendidos como partes de un todo integrado. La acción sobre alguno de estos planos por separado no conducirá a la realización de transformaciones estructurales (mucho menos a la construcción del socialismo); por su parte, desde cada uno de los campos de acción propios de cada plano, se debe potenciar el trabajo en los otros dos.

“Distíngase bien, que la acción política socialista no es una finalidad doctrinaria, ni un objetivo social, es solamente un medio, un vehículo que conduce al objetivo buscado: la felicidad de todos. La fuerza del sindicato y la fuerza de la cooperativa serán más poderosas si se les une la fuerza política que, con un poco más de poder, pueden hacer eficaz la obra de los sindicatos y de las cooperativas. Si nos propusiéramos conseguir todo el mejoramiento sólo con la acción gremial y cooperativa, nuestra lucha será larga y extenuante, mientras que si agregamos la fuerza legislativa de la política, podemos ayudarnos con leyes protectoras, y si tenemos el municipio como fuerza administrativa en cada pueblo, nuestra labor será mucho más fácil y mucho más comprensible. Esa es la situación actual. Este es el problema que los trabajadores deben estudiar cuidadosamente para resolverlo” (Recabarren, 1913. *El problema obrero: Manifiesto del Partido Obrero Socialista de Tarapacá*. El Despertar de los Trabajadores, Iquique).

Como mencionábamos, la actuación en estos tres planos integrados se justifica en que cada uno de ellos se corresponde con un plano desde el cual los capitalistas ejercen la explotación a la clase obrera. Recabarren abraza aquí la tesis que sostiene que el capitalismo extrae plusvalor de los trabajadores no sólo en el proceso de producción, sino que también lo hace en los procesos de intercambio y distribución, adicionando un tercer ámbito vinculado con la explotación que el Estado ejercería a través de la extracción de recursos a las clases populares[[3]](#footnote-3)

“El industrial, explota con el salario. El comerciante, explota con el alto precio que pone a sus mercaderías; el gobierno explota con los impuestos y las patentes y, además, con el derroche de los dineros públicos. ¿Cómo combatir esta triple explotación, que bajo la presión de la metralla, las bayonetas y la cárcel, se ve obligado a soportar el pueblo débil e ignorante? ¿Cómo combatirla? Con la organización triple también, es decir, los obreros y empleados deben adoptar las tres formas de organización: gremial, cooperativa, y política” (Recabarren, ídem).

La articulación de los tres planos se da en el horizonte de una praxis socialista integral, ya que se advierte que una preponderancia demasiado fuerte de uno de los planos por sobre los otros puede llevar al fracaso del proceso revolucionario. Por ejemplo, una acción política solamente orientada a la conquista del gobierno implica el abandono en la formación de una clase que posee capacidades propias de dirección en el plano económico y social, además de que corre el riesgo de caer en prácticas excesivamente orientadas a lo electoral, sin un trabajo real en las bases.

A pesar de lo anterior, se observa que con el paso de los años Recabarren va situando al plano político como el espacio de síntesis de los otros planos de acción, ya que la experiencia práctica de trabajo le terminó mostrando que sindicalismo y cooperativismo sin horizontes socialistas y sin militantes socialistas directamente involucrados en su conducción, terminan desembocando o en acciones sin potencia revolucionaria (capacidad real de eliminar la explotación), o en fracasos organizacionales que suponen el desmembramiento o la cooptación de los sindicatos y cooperativas por parte de los patrones y/o el Estado.

“Bien sabemos que para fundar cooperativas que lleven en su seno el germen de la victoria es preciso que los elementos que la compongan tengan plena y cabal conciencia de la gran acción revolucionaria que con la cooperativa van a realizar. Por eso que precisa a los socialistas, antes de llegar al principio de la acción cooperativa, realizar labor de acción doctrinaria acerca de todos los problemas que afecten íntima e inmediatamente a la vida doméstica de los proletarios. Precisa esta obra tan profundamente educativa, y para ello se hace necesaria la primera forma de organización, es decir, la organización de la asamblea socialista en la cual se agrupen todos para iniciar su aprendizaje acerca de la labor que van a realizar día por día.

Si las agrupaciones fueran numerosas y se verificara con relativa rapidez la organización de las secciones gremiales, siempre debe darse preferencia a la educación socialista que vaya poniendo a los obreros en posesión y conocimiento de la labor que deben desarrollar los socialistas para poner en práctica las ideas. La acción cooperativa no debe desarrollarse SINO cuando haya un grupo más o menos bien consolidado en conciencia, por eso vemos que forzosamente es preciso iniciar primero la organización socialista que reúna en un solo seno a todos los primeros elementos” (Recabarren, 1916. *El Socialismo*. La Aurora, Taltal).

## Las cooperativas en la praxis revolucionaria de Recabarren

Al revisar la más diversa bibliografía sobre el pensamiento y la práctica política de Luis Emilio Recabarren, podemos constatar que el cooperativismo es el plano de acción que menos repercusión ha tenido, quedando siempre subsumido u oscurecido por la presencia de la acción política-partidista o por la acción gremial (a través de mancomunales, sociedades de resistencia y sindicatos, según sea el período histórico). La imagen casi mitológica que se ha construido en torno a Recabarren siempre lo ha situado como el padre del sindicalismo chileno y/o como el precursor del comunismo en nuestro país, pero nunca como uno de los impulsores más entusiastas del cooperativismo a principios del siglo XX.

Las razones de la escasa visibilidad que tienen las cooperativas en la recepción y la difusión de la obra de Recabarren se podrían desarrollar en extenso en una investigación más específica sobre el tema, pero aquí podemos aventurar algunas hipótesis explicativas. En primer lugar, es necesario considerar que, en general en Chile, el desarrollo cooperativo ha tenido alcances bastante modestos, especialmente si se le compara con otros países como España o Bélgica, que fueron dos referentes importantes en la conformación del imaginario político de LER. Siguiendo esa misma tendencia, muchas de las experiencias prácticas de emprendimientos cooperativos en las que participó Recabarren terminaron fracasando, ya sea por problemas organizacionales internos, por falta de interés de los socios o de su entorno social, o por acciones de boicot específicamente desarrollados por grupos opositores a la acción de LER (Recabarren, 1913. *Las causas aparentes de la traición: La verdad y la mentira.* El Despertar de los Trabajadores, Iquique; 1913. *Leed mis palabras*. El Despertar de los Trabajadores, Iquique).

Por otra parte, en nuestro país se verifica la consolidación de una línea política que afectó a varios sectores socialistas-comunistas en el mundo: la “bolchevización” forzada de los partidos comunistas, que fue impulsada por el estalinismo una vez que se hace del poder en la Unión Soviética y, por consiguiente, desde que asume la conducción de la Tercera Internacional, proceso a partir del cual se abandonan los criterios de autogestión obrera que nutrían la visión que desarrollaron Marx, Engels y Lenin sobre el papel del cooperativismo en la construcción del socialismo como horizonte de una sociedad sin explotación (Miranda; Gil; Novaes, en Piñeiro, 2011).

Esta misma tendencia se consolidó en Chile luego de la muerte de Recabarren. Según desarrolla Sergio Grez,

“Estas concepciones ingenuamente evolutivas [sobre la capacidad de transformación del cooperativismo sobre el sistema industrial] serían criticadas duramente después de la muerte de Recabarren por sus compañeros durante la llamada “bolchevización” que sufriría el PCCh a partir de 1927” (Grez, 2011: 65)

En la misma línea, Massardo (2008) sostiene que la línea oficial del Partido Comunista estableció una política de silencio, descalificación y condena de las líneas políticas desarrolladas por el POS y el PCCh durante los años que se encontró bajo la dirección (no formal pero sí fáctica) de Recabarren, bajo el argumento que gran parte de las concepciones políticas y las formas organizativas del partido no correspondían a un marxismo “auténtico” (es decir, alineado con lo establecido por el gobierno de la URSS).

Como fuere, Recabarren fue en los hechos un entusiasta impulsor de las cooperativas y, como ya hemos desarrollado, consideraba que éstas tenían un papel fundamental en la construcción del socialismo. Como señala Grez, “la acción gremial (sindical) y cooperativa asumía una importancia considerable. Recabarren manifestaba –como diría posteriormente Elías Lafertte- una predilección por las cooperativas, que había conocido en sus viajes por Europa” (2011: 64).

En un comienzo, LER asignaba a las cooperativas un papel principalmente circunscrito al abaratamiento y mejoramiento de la calidad de los bienes de consumo fundamentales para la clase trabajadora, es decir, su modelo de cooperativas estaba en gran parte limitado a las cooperativas de consumo, que deberían tener impactos inmediatos en la calidad de vida de los sectores populares y permitirían quitar a los capitalistas un ámbito de explotación, la explotación comercial.

“Para que los obreros queden libres de la usura de los comerciantes, deben formar sociedades cooperativas y con capitales obreros reunidos por acciones de 10 ó 20 pesos, y deben establecer panaderías, carnicerías; almacenes y proveer a sus socios y al pueblo de todos los artículos de consumo diario” (Recabarren, 1907. *Carta de Luis Emilio Recabarren*. El Pueblo Obrero, Iquique).

Las cooperativas deberían funcionar bajo el criterio de reducir la explotación comercial a la que se veían sometidos los trabajadores por parte de los burgueses que controlaban el comercio, para lo cual era menester que funcionaran buscando bajar al máximo posible los precios de venta, sin por ello dejar de ser sustentables económicamente. Del mismo modo, la cooperativa debería procurar el poner a la venta productos de la mejor calidad posible, de manera que las clases populares puedan incrementar su calidad de vida. “Los trabajadores, a pesar de su miseria, pueden hacer un sacrificio, y procurar realizar esta idea y ponerla en práctica porque ella va en su propio beneficio, porque vendría a suprimir el abuso y el agiotismo que generalmente desarrolla el comerciante para obtener muchas ganancias” (Recabarren, 1911. *Las cooperativas y la clase trabajadora II*. El Grito Popular, Iquique).

Recabarren profundiza en sus artículos respecto a la forma en que se debería constituir una cooperativa de consumo y los mecanismos a partir de los cuales se deberían repartir las ganancias, los que deben estar guiados por el criterio de beneficiar a los socios que efectivamente consumen en la cooperativa y no necesariamente a aquellos que sólo colocaron un capital inicial. Este criterio es una forma básica de mantener el principio de primacía de las personas por sobre el capital.

“Para que la cooperativa llene debidamente su función social encaminada a mejorar efectivamente la condición de los trabajadores, debe fundarse renunciando a repartir dividendos sobre el capital acumulado. La cooperativa obrera, cuando obtenga utilidades, sólo debe pensar en repartir parte de sus ganancias entre los consumidores, es decir, entre sus clientes que sean accionistas, y esta forma de reparto debe hacerse destinando un tanto por ciento, según sea su utilidad, en proporción a cada consumidor […]Esta forma de tomar participación en las ganancias de una sociedad cooperativa obrera, viene a modificar el sistema capitalista burgués que, asegurando utilidades sobre el capital, estruja inhumanamente al consumidor y sólo piensa en obtener la mayor utilidad aunque sea a costa de la miseria ajena. La utilidad de la cooperativa obrera basada sobre el consumo efectuado, no predispone a los accionistas a la usura en perjuicio de ellos mismos y modifica y transforma el modo de realizar un comercio.” (Recabarren, 1911. Las cooperativas y la clase trabajadora III. El Grito Popular, Iquique).

Estos valores cooperativos, que constituyen la base de los valores que Recabarren identifica con los valores socialistas, ocupan un lugar de importancia en las preocupaciones del líder obrero. En cada escrito que fue pertinente, siempre insistió en la necesidad de que los fondos de las cooperativas –así como los de todas las otras formas de organización obrera- fueran llevados de la manera más honesta y transparente posible. Del mismo modo, Recabarren identificó en la falta de conocimiento mutuo y de confianza entre los trabajadores, uno de las principales trabas para desarrollar el cooperativismo entre la clase.

“El comercio ejercitado por los trabajadores en beneficio de ellos mismos, vendría a señalar al proletariado un nuevo rumbo de acción. Pero, a nuestro juicio, hay por ahora un inconveniente que puede subsanarse en poco tiempo: los trabajadores viven bastante alejados de relaciones sociales, no se conocen y carecen de fraternidad y de confianza sincera, motivo o causa que sería, por ahora, una dificultad que puede remediarse siempre que principien a organizarse; por lo pronto, por ejemplo, en un centro de estudios sociales que facilitare a los trabajadores ocasiones para reunirse colectivamente más a menudo, para estrechar relaciones y para conocerse los unos a los otros.

No pretendemos con esto apagar los entusiasmos de algunos, por el contrario, queremos señalarles un camino más fácil y más corto, a la vez que de éxito más seguro. Lo dicho: lo primero que se debe hacer para llegar a formar una cooperativa es que los trabajadores se conozcan entre sí. (Recabarren, 1911. Las cooperativas y la clase trabajadora I. El Grito Popular, Iquique).

Luego de su primer viaje a Europa, donde conoce la vasta experiencia cooperativa desarrollada por los socialistas belgas –a la que destina extensos y elogiosos reportajes periodísticos (*Compañeros de La Reforma*, 1907. La Reforma, Santiago de Chile)- y de las múltiples lecturas que nutren su autoformación política, Recabarren va a ir progresivamente dándole mayor espacio en sus escritos al papel de las cooperativas de producción. En 1914 publica en Iquique un artículo titulado “A la evolución de la cooperativa”. En él se reconoce que hasta ahora se había dado un papel preponderante a la formación de cooperativas de consumo, las que habrían cumplido con dos objetivos primordiales: “Primero: abaratar la vida y ser un factor nuevo que ingresaba al funcionamiento industrial y comercial; y Segundo: iniciaba en realidad un principio de mayor emancipación al personal que en ella se ocupa, siendo así, el comienzo de obras mayores” (Recabarren, 1914).

En el segundo punto destacado por el autor se aprecia un mayor énfasis a una dimensión que hasta el momento no se había resaltado de manera explícita (al menos en sus escritos periodísticos) y que tiene que ver con la emancipación personal que vivirían los trabajadores que se desempeñan en empresas cooperativas, es decir, dentro de relaciones de producción autogestionarias[[4]](#footnote-4). Aunque Recabarren no se detenga a profundizar este punto, creemos que dentro de su matriz –o matrices- de pensamiento este aspecto se articula perfectamente con sus concepciones referentes a la necesidad de anticipar la construcción del socialismo en las relaciones actuales y en la formación de capacidades directivas entre la clase trabajadora. De hecho, en 1916, sostiene que es un objetivo que las cooperativas “permitan preparar nuestra capacidad productiva, industrial y administrativa para que nuestra organización cooperativa sea la fuerza creadora del nuevo mundo donde los obreros no sean más los esclavos condenados a vivir a ración de hambre” (Recabarren, 1916. *Cosas que debemos saber*. La Libertad, Concepción).

Pero la novedad más radicalmente enfatizada está dada por el nuevo papel que dentro del socialismo internacional se le estaría otorgando a las cooperativas, fundamentalmente a las cooperativas de producción, las que serían “la industria tomada por los obreros, la fábrica en manos de los obreros” (Recabarren, 1916. *El Socialismo*. La Aurora, Taltal).

“Pensemos hoy que la cooperativa sea el más poderoso factor de expropiación capitalista sin indemnización y sin consecuencias nocivas. Algunos años atrás los socialistas han gastado mucho tiempo en teorizar acerca de la forma en que se llegaría al colectivismo y cómo se realizaría la expropiación sin o con indemnización. Hoy se presenta a nuestra inteligencia un problema más sencillo: El desarrollo de la acción cooperativa.

La multiplicación de las cooperativas socialistas es la disminución de los negocios de la burguesía. La multiplicación de la cooperativa industrial es el reemplazo de la industria burguesa que explota a la comunidad productora en beneficio de unos cuantos individuos. Y mientras más campo de acción desarrolle la cooperativa socialista, más reducido irá siendo el campo de explotación que le vaya quedando a la clase capitalista, y por consiguiente, el régimen de explotación irá extinguiéndose a medida del ímpetu con que progrese la cooperativa” (Recabarren, 1914. *A la evolución de la cooperativa*. El Despertar de los Trabajadores, Iquique).

Según Sergio Grez, esta sería una “concepción evolucionista fuertemente influenciada por la II Internacional” (2011: 64). Por otro lado, siguiendo a Jaime Massardo (2008), podemos también ver que en esta fórmula política se encierra una tendencia que Recabarren venía desarrollando hacía varios años en sus concepciones políticas, que tiene que ver con un fuerte rechazo a las estrategias de choque violento contra los capitalistas, ya que la historia reciente del país había arrojado sólo estrepitosas y dolorosas derrotas para el proletariado, como las constantes masacres perpetuadas en el norte minero. Esta experiencia concreta lo llevó a preferir la búsqueda de tácticas políticas que evitaran al máximo poner en riesgo la vida de los trabajadores, por lo que la idea de una “expropiación pacífica de los expropiadores” vía la reducción de su campo de explotación por aumento del campo cooperativo socialista, parecía ser una fórmula espectacular, especialmente en la medida que el desarrollo de las cooperativas se debería basar en los contingentes de trabajadores organizados en los sindicatos y se apoyaría en legislaciones que las protegerían y favorecerían, dictadas por los partidos socialistas que progresivamente se irían haciendo de los poderes del Estado.

“La cooperativa será de hoy adelante la fuerza expropiadora sin indemnización que marcha hermosamente victoriosa a realizar de verdad la emancipación y la perfección humana. Y la cooperativa tiene por base y campo de acción, la organización gremial del proletariado en cuyo seno se recluta el sostén y la fuerza cooperativa. La fuerza política del proletariado, con el poder legislador, abrirá a la cooperativa el ancho camino por donde avanzará a consumar su principio expropiatorio, por medio de leyes protectoras que faciliten su desarrollo, leyes que se dictarán bajo el mismo criterio actual de protección a las industrias nacionales, de concesiones, etc. y leyes aduaneras encaminadas al mismo fin. Esa es la revolución ideal del socialismo” (Recabarren, 1914. *A la evolución de la cooperativa*. El Despertar de los Trabajadores, Iquique).

Esta visión, Recabarren la logró implantar en el seno del Partido Obrero Socialista, el que en su primer congreso ratificó dentro de las obligaciones de cada sección el trabajar por la creación de empresas cooperativas “de todo género, propiedad del partido y administradas por él” (Recabarren, 1915. *Primer congreso socialista chileno*. El Despertar de los Trabajadores, Iquique).

Posteriormente, LER va a seguir su obra de agitación y organización en favor de las cooperativas, reafirmando el papel central que tendrían en la eliminación progresiva y pacífica del capitalismo. Sus escritos al respecto están plagados de optimismo respecto a esta estrategia revolucionaria, incluso llegando a sostener que el desarrollo de las cooperativas permitiría vencer a la industria capitalista en el terreno de la competencia de mercado.

“Como resulta bastante molesto obligar a la clase patronal a someterse a medidas dictadas por los obreros, y sólo algunas pueden ser impuestas “nos parece” que nuestro sistema cooperativo es mucho más fácil, aunque parezca más largo. Es más fácil establecer, por ejemplo, una fábrica de zapatos, desarrollarla, darle ilimitados progresos, obtener con ello que abarate el zapato, mejore en calidad, que los obreros ganen más salarios y ellos mismos, en calidad de accionistas, se ganen las utilidades; es más fácil todo eso hecho por la cooperativa, que obtener de una fábrica burguesa que suprima la explotación, que trabaje con buenos materiales, que reparta sus utilidades entre todos los que las producen. Reflexionemos sobre esta expresión.

El desarrollo de la cooperativa socialista es, a nuestro juicio, el sistema más apropiado para verificar lo que llamamos la “abolición de la propiedad privada", la “socialización de la sociedad”, la “expropiación capitalista", el establecimiento del “régimen colectivo”, la “verificación del colectivismo”. Porque la acción cooperativa, desarrollada con todas las fuerzas obreras y con todo el empuje consciente, revolucionario de todos los socialistas, sería EL MEDIO más eficaz, con menos éxito combatido, y de rápido desarrollo para la creciente acción del socialismo mundial.

El día que todas las industrias hayan caído en manos de las cooperativas socialistas; el día en que todas las acciones intermediarias de las industrias y comercios estén en manos de cooperativas socialistas ¿no habrá desaparecido de hecho la clase capitalista, absorbida por el cooperativismo? Y ese día ¿de quién serán las fábricas, las faenas? Sencillamente de todos. ¿Quién tomará para sí las utilidades? todos.

Una ley de expropiación sería resistida: si una ley ordenara clausurar una fábrica, y proteger una que recién se instale, levantaría protestas indignadas. Pero si por la competencia comercial una fábrica se eleva y se engrandece produciendo la clausura y liquidación de varias, el hecho se produce y se acepta como una cosa natural, normal y todos se conforman. Esta será la acción de la cooperativa: clausurar todas las industrias burguesas de la clase explotadora, por poderosas que sean, a medida que la fuerza cooperativa vaya creciendo y tomando impulsos poderosos” (Recabarren, 1916. *El por qué del socialismo y de sus métodos de lucha*. La Aurora, Taltal. Mayúsculas en el original).

## Cooperativas y socialismo autogestionario en Chile contemporáneo

El socialismo autogestionario corresponde a una acepción que se ha utilizado en diferentes períodos de la historia de las izquierdas en el mundo. A pesar de que en ninguna de sus variantes conocidas se limita a ser una mera reacción al estalinismo y a las experiencias históricas de “socialismos reales”, es innegable que en su propia denominación hay una intencionalidad manifiesta de diferenciarse de las prácticas concretas que reivindicaron el socialismo como su eje orientador, especialmente en Europa del este y en Asia durante el siglo XX. No cabe dentro de los objetivos de este trabajo el realizar una revisión bibliográfica exhaustiva de las diferentes definiciones o visiones que apelan a la construcción autogestionaria de una sociedad socialista, por lo que más bien nos remitiremos a entregar algunas definiciones operativas que nos permitan acercar la discusión teórica a algunas prácticas políticas que están emergiendo en los últimos años en nuestro país que reivindican la autogestión y que, según la tesis que aquí nos orienta, reconocerían en la praxis política de Recabarren algunos principios orientadores.

Una aproximación al concepto de autogestión podría ser la definición elaborada en 1978 en Lisboa, en la conferencia nacional por el socialismo autogestionario:

“La construcción permanente de un modelo de socialismo, en que diversas palancas de poder, los centros de decisión, de gestión y control, y los mecanismos productivos sociales, políticos e ideológicos, se encuentran en las manos de los productores–ciudadanos, organizados libre y democráticamente, en formas asociativas creadas por los propios productores–ciudadanos, basándose en el principio de que toda organización debe ser estructurada desde la base hasta la cúpula y de la periferia hacia el centro, en las cuales se implante la práctica de la democracia directa, la libre elección y revocación, en cualquier momento de las decisiones, de los cargos y de los acuerdos” (Novaes, 2011: 169).

Queda claro el fuerte contenido democrático-asambleario-horizontalista de la definición de más arriba, lo que va a ser central a la hora de desarrollar las prácticas políticas concretas que se ejecutan desde esta visión. Esta democracia radical se incorpora en todos los momentos del proceso productivo y reproductivo, por lo que apuntaría a transformar lo que István Mészáros denomina el “sociometabolismo” del capital, es decir, no sólo vendría a corregir los problemas que genera la explotación del capital –la apropiación de una parte de lo producido por los productores por parte de un sujeto externo, ya sea un capitalista o el mismo Estado-, sino que correspondería al proceso a partir del cual los trabajadores recuperan su autonomía en los procesos productivos, volviendo a convertir al trabajo en una actividad creadora, vinculada a la realización de las capacidades humanas y no a mera heteronomía volcada a la producción de mercancías (Novaes, 2011).

Trasladando el debate específicamente a nuestro país, nos encontramos con que el Movimiento de Pobladoras y Pobladores en Lucha –que está próximo a cumplir 10 años como una expresión de las luchas de las clases populares urbanas chilenas- definió explícitamente en octubre de 2014, en su encuentro ideológico de militantes, que su horizonte de lucha es “por una transformación revolucionaria de la sociedad, construyendo la vida digna mediante territorios libres en que las comunidades que se autogobiernan, dando por sí misma, colectivamente, solución de sus necesidades, inspiradas en el feminismo comunitario, el socialismo autogestionario y la unidad latinoamericana” (MPL, 2014).

Si bien, esta definición ideológica es bastante reciente, la práctica política del movimiento se venía orientando por estos principios desde hace años, desde el momento en que las comunidades en lucha decidieron que para satisfacer sus necesidades y construir la sociedad que se imaginaban era necesario pasar de las tradicionales luchas reivindicativas-peticionistas hacia un Estado al que se le reclamaba un papel más activo, a empezar a autogestionar por sí mismas los proyectos de vivienda, barrio y territorio en los cuales se busca crear y fortalecer “la nueva población” como espacio físico en el cual se desarrolla “el/la nuevo/a poblador/a”, como sujeto/a de las nuevas relaciones sociales.

De esta forma, el movimiento se ha dotado de organizaciones que le permiten recuperar dineros del Estado y autogestionar aquellos recursos que son producidos en base a la ayuda mutua de las comunidades, desarrollando prácticas concretas de planificación, diseño y ejecución de programas de vivienda, escuelas, jardines infantiles, recuperación de espacios comunitarios, recuperación de inmuebles abandonados, producción de material pedagógico y prácticas comunitarias de salud.

“La autogestión no puede ser un concepto manejado por ciertos círculos de avanzada, hay que hacerla una palabra para las clases oprimidas, una que simplemente exprese el sentir que tenemos nuevamente el control sobre la vida; la soberanía que recuperamos como pueblo organizado en la vivienda, el trabajo, la educación, la salud, etc. La autogestión así, más que una teoría o una fórmula, una ideología o una secta, es una forma de luchar, una práctica y horizonte, un modo de ser movimiento, es el tejido concreto de la autonomía. Es en el fondo, una apuesta por gobernar y autogobernarnos paralela, indistintamente o antes, de la toma del poder” (Renna, 2014: 34)

Dentro de esas definiciones, el cooperativismo juega un rol preponderante, más que como una forma jurídica de creación de empresas, como una práctica concreta de relaciones productivas y reproductivas, donde los valores y principios del cooperativismo (democracia, ayuda mutua, autogestión, etc.) son los ejes orientadores de las prácticas cotidianas del movimiento. Esto implica que aunque hasta el momento el MPL no cuente con ninguna cooperativa formalizada jurídicamente y reconocida por el Estado, cada una de las unidades productivas del movimiento trabaja y se organiza bajo principios cooperativos.

Pero en una línea similar a cómo lo entendía Recabarren, el MPL no considera que el cooperativismo por sí solo vaya a concretar los cambios estructurales que suponen la construcción de una sociedad socialista, por mucho que se tenga una visión procesual de esto. En ese sentido, la estrategia política del período ha sido definida por este movimiento como la combinación de tres tácticas o formas-lucha que se deben combinar y poner en relación y tensión dialéctica entre sí, según las variaciones del entorno sociopolítico:

* Lucha contra el Estado, en acción directa y desobediencia frente a los aparatos represivos y de orden.
* Lucha sin el Estado, con prácticas de construcción sociocomunitaria desde los bordes de la legalidad, mediante ejercicios de autonomía de la clase.
* Lucha desde el Estado, que asume la tarea de ir apoderándose de fracciones del Estado burgués mediante la participación en elecciones, la introducción de reformas que institucionalicen y favorezcan (o al menos no entorpezcan) las prácticas autogestionarias y el bienestar popular, así como a través de la recuperación de recursos estatales para ser puestos bajo administración popular.

Lo importante es entender que estas categorías tienen un valor más analítico que real, ya que resulta muy difícil encontrar prácticas que se puedan circunscribir en un solo ámbito de acción en relación al Estado y, por el contrario, cada una de las formas-lucha descritas siempre van a estar combinándose y retroalimentándose con las otras.

Por otra parte, el hecho de que se haga una alusión tan explícita al Estado y no necesariamente a los capitalistas o al capitalismo, no implica que el MPL se vea a sí mismo como un movimiento estado-céntrico o que no reconozca el conflicto de clases que supone el capitalismo –al contrario, el movimiento se define en lucha “contra el capitalismo, el patriarcado y contra toda forma de dominación colonial”-, sino que tiene más bien que ver con la constatación histórica que han ido realizando las clases populares chilenas, de que el Estado tiene indudablemente y de manera explícita un carácter de clase y se encuentra, en la práctica, al servicio de los capitalistas, ya sean estos de origen nacional o extranjero, por lo que es en su seno donde se condensa una gran parte de las estructuras de dominación y de explotación.

## Paralelos con Recabarren

El MPL nunca ha sido un movimiento muy adepto a los encasillamientos teóricos y, en realidad, ha sido predominantemente heterodoxo –algunos detractores incluso lo caracterizan como “ecléctico”- en sus definiciones, por lo cual no cuenta con un desarrollo muy acabado respecto a sus “fuentes” ideológicas. Sí está claro que en su interior conviven tradiciones políticas más ligadas a las lógicas de construcción presentes en el Partido Comunista chileno, con tradiciones libertarias, así como influencias de lo que se ha denominado la “cultura mirista” y las vertientes desarrolladas más recientemente en torno al “buen vivir”, especialmente en Bolivia.

Esta ausencia de “padres fundadores” a nivel teórico ha bloqueado en parte el debate interno respecto a los elementos de la praxis política cotidiana que se rescatan de las experiencias políticas anteriores que se han desarrollado desde nuestra clase trabajadora, en este caso, en torno a la figura de Luis Emilio Recabarren.

Cuando observamos los tres planos que definía Recabarren para la acción política –gremial, cooperativo y político-electoral- resulta imposible no hacer el paralelo con las tres formas-lucha o tácticas que conforman la estrategia definida por el MPL.

La acción gremial se corresponde con las prácticas reivindicativas que las clases trabajadoras despliegan “contra”, ya sea el Estado o los capitalistas. Tanto los sindicatos como los comités de allegados –y sus respectivas organizaciones de orden superior, como federaciones- corresponden a organizaciones que luchan de manera directa por conseguir mejoras en sus condiciones de vida. Cada una de estas mejoras supone una redistribución –aunque sea leve- en la proporción del producto social que es apropiado por la clase burguesa y la clase trabajadora. De esta forma, del mismo modo como un aumento de sueldos pone en manos de los trabajadores una mayor proporción del plusvalor generado por ella, el traspaso de un terreno para vivienda social desde el Estado o un privado para un comité de vivienda, supone un traspaso de recursos hacia las clases populares.

La acción cooperativa se corresponde con las prácticas autogestionarias que las clases populares realizan “sin” el Estado, ya que corresponde a los trabajadores auto-organizando sus fuerzas productivas y poniéndolas a funcionar coordinadamente para satisfacer las necesidades de la misma clase, no orientadas a la creación de mercancías. Si una cooperativa funciona de manera auténtica, no podría dejar nunca que el Estado se entrometiera en su práctica autónoma –lo que no quiere decir que la cooperativa no pueda actuar de manera coordinada con otras cooperativas y con las necesidades de su territorio.

Por su parte, la acción política se corresponde totalmente con la forma-lucha “desde el Estado”, ya que supone la participación de la clase trabajadora en los mecanismos institucionalizados de poder, a través de elecciones y con el objetivo de reorientar recursos hacia la clase y reorganizar las políticas públicas. En ese sentido, así como Recabarren siempre estuvo de acuerdo en la utilidad de que los socialistas-comunistas participaran en las elecciones, ya que son una instancia de aumento en los niveles de politización de la sociedad, el MPL ha sido uno de los movimientos impulsores y fundadores del Partido Igualdad, el que se ha definido como una “herramienta” de los movimientos sociales para llevar adelante sus luchas desde el Estado.

Finalmente, se hace necesario relevar al menos otros 2 elementos que es posible establecer como paralelos entre la praxis política de Recabarren y el Movimiento de Pobladoras y Pobladores en Lucha: la política de autonomía de la clase y el carácter prefigurativo que adquiere la lucha por el socialismo en la sociedad actual.

Ya se señaló en reiteradas ocasiones que la máxima de que los trabajadores sólo pueden alcanzar su emancipación por su propia obra fue uno de los principios orientadores de todas las acciones que emprendió LER. En términos discursivos, para él esto significaba especialmente el no realizar ningún tipo de alianzas con partidos o elementos burgueses, pero en términos prácticos se tradujo fuertemente en el fomento al desarrollo de las distintas instancias y organizaciones de sociabilidad y lucha de obreros y empleados, lugares en los cuales el objetivo principal era elevar las capacidades políticas y morales de la clase a través de la educación popular. Hoy, el MPL toma definiciones y realiza prácticas que apuntan en la misma línea, dado que se apuesta a que a través de las prácticas autogestionarias sean los y las pobladoras –que no son más ni menos que la clase trabajadora desplegada y viviendo en un territorio- quienes vayan formándose y desarrollando las capacidades necesarias para construir con sus propias manos lo que ellos/as mismos/as definan como “la vida digna”.

“La acción gremial es muy necesaria para evitar el exceso de esclavitud que el industrial desarrolla, podría llegar quizás a verificar la expropiación del capital. Pero, vemos que la acción de la cooperativa es mucho más eficaz y, sobre todo, si cooperativa y gremio marchan guiados por los principios socialistas. Agregando a estas dos fuerzas la acción política del socialismo, completamos un bagaje de medios de lucha que bastan para operar la necesaria progresiva marcha de la conciencia popular, puesto que estos medios de lucha: gremio, cooperativa y política, sólo tienen valor desarrollados y aplicados conjuntamente por elementos conscientes, capaces de saber lo que hacen.

Gremio, cooperativa y política dentro de todo organismo socialista, forman una escuela positiva, de experiencia práctica DE LO QUE DEBE SER la vida que educa a los afiliados en las verdades necesarias para el presente y para el porvenir y son los planos de la sociedad futura.

Gremio, cooperativa y política, además de ser una escuela, son medios de lucha, instrumentos de creación y de desarrollo de la sociedad de mañana” (Recabarren, 1919. *Fragmento*. El Socialista, Punta Arenas)

De esta forma, a pesar de los matices y de las diferencias conceptuales propias de cada época, es posible sostener que la herencia política de Luis Emilio Recabarren se puede rastrear hasta nuestros días en la praxis política del Movimiento de Pobladoras y Pobladores en Lucha, puesto que en ambos casos hay una política específica de fortalecimiento de la autonomía de la clase trabajadora frente a cualquier otra clase y cualquier aparato de dominación, y que a partir de dicha autonomía se empieza a construir en el presente, a partir de la autogestión, los elementos que van generando quiebres emancipatorios en la hegemonía capitalista y van sentando las bases de una nueva hegemonía, a través de las prácticas concretas de poder popular.

# Conclusiones

La primera conclusión que podemos extraer de este trabajo tiene que ver con que a pesar de que en la formación del imaginario y la praxis política de Luis Emilio Recabarren confluyen, al menos, 3 tradiciones teóricas diferentes (libertaria-cristiana, demócrata-republicana y socialista) que van ejerciendo diferentes grados de influencia a lo largo del tiempo, la presencia del cooperativismo como una parte integrante de su síntesis política es una constante.

Dentro de esa línea permanente, el papel del cooperativismo en la construcción del socialismo se va complejizando con el paso del tiempo, fundamentalmente a partir del paso de una visión restringida a las cooperativas de consumo y su papel en el combate de la explotación comercial, a una que integra a las primeras con las cooperativas de producción, que pasan a ser vistas como parte integrante de un sistema económico alternativo al capitalismo que se va construyendo a partir del desarrollo de las cooperativas socialistas.

Recabarren cifra grandes esperanzas en las potencialidades del desarrollo cooperativo para llevar a cabo la derrota del capitalismo sin la necesidad de que la clase trabajadora ejerza la violencia, ya que la expropiación de los expropiadores no requeriría de un ejercicio de despojo directo, sino que se produciría por la superación económica de las cooperativas socialistas por sobre las empresas capitalistas. Esta potencialidad tendría un gran valor político para este dirigente socialista, ya que su experiencia directa en las grandes derrotas y masacres que sufrió la clase obrera chilena a principios del siglo XX lo llevó a buscar con singular ahínco la posibilidad de desarrollar acciones revolucionarias sin tener que verse enfrentados militarmente a las fuerzas de choque de la burguesía (que son las fuerzas armadas estatales y las “guardias blancas” de los patrones, como las que protagonizaron la masacre de la Plaza Colón en Antofagasta en 1906).

Luis Emilio Recabarren entiende a la acción cooperativa como parte de una triada que comprende además a la acción gremial y a la acción política. Cada uno de estos planos supone combatir la explotación capitalista en distintos momentos del proceso de valoración del capital: la producción, el consumo y la extracción de recursos a la clase trabajadora por parte del Estado y el despilfarro de recursos públicos en actividades corruptas o ineficientes. La combinación de estos tres planos de acción es un requisito para llevar adelante una praxis socialista que se coloque realmente como meta la realización de la felicidad humana (que es como Recabarren entiende a la sociedad socialista donde se ha eliminado la explotación de una clase por la otra).

A pesar de que los tres planos son imprescindibles y que la clase trabajadora debe desarrollarlos todos, para Recabarren el momento de síntesis se produce en la acción política, puesto que en su visión es ella la que puede darle una conducción política clara a las otras dos. Esto está en la base de su formulación en torno a que es casi un requisito previo que exista un núcleo y una práctica educativa socialista antes de desarrollar las cooperativas y los sindicatos.

El Movimiento de Pobladoras y Pobladores en Lucha (MPL) es un ejemplo concreto de un movimiento social y político que ha asumido el socialismo autogestionario como uno de sus horizontes estratégicos de construcción política. La praxis autogestionaria genera condiciones apropiadas para el desarrollo de las fuerzas autónomas de la clase trabajadora que le permitirán ir socavando o haciendo grietas en la hegemonía capitalista, preparando sus propias condiciones para convertirse en clase dirigente y empezar a prefigurar en el presente las prácticas sociales que se supone son propias del socialismo.

Lo anterior se vincula directamente con los planteamientos políticos de Luis Emilio Recabarren, ya que aunque él no tuvo acceso a los escritos gramscianos donde se desarrolla el concepto de hegemonía, sí tuvo una permanente valoración por la necesidad de fortalecer la autonomía de la clase a través de su autoformación, de su “elevación moral” y de su adquisición de conocimientos para empezar a ejercer la dirección de la sociedad y de la economía sin la presencia de los patrones.

Los tres planos de acción que el recabarrenismo desarrolló, aunque no apuntan exactamente a lo mismo, sí tienen un correlato sólido con las tres formas-lucha o tácticas que el MPL define para llevar a cabo su accionar político: contra el Estado se corresponde con la lucha gremial o sindical; sin el Estado se relaciona con las prácticas autogestionarias vinculadas al cooperativismo; desde el Estado tiene un correlato con el plano político-electoral de Recabarren.

Aunque el MPL no posea en estos momentos emprendimientos cooperativos que tengan esa forma jurídica específica, dentro de sus diversos espacios productivos se trabaja bajo principios y valores cooperativos, por lo que la acción cooperativa tiene una valoración central entre los militantes del movimiento y las elaboraciones políticas que se desarrollan. A partir de lo anterior, el movimiento ha desarrollado la tesis que indica que las cooperativas por sí mismas no van a hacer la revolución ni terminar con la explotación, pero al mismo tiempo, no es posible pensar en una sociedad sin explotación sin el desarrollo de cooperativas y organizaciones de la economía solidaria, tesis que se encuentra completamente alineada con la visión de Recabarren sobre las cooperativas.

El desarrollo de fuerzas productivas propias se presenta como uno de los desafíos más importantes para el MPL y para cualquier movimiento político que esté aspirando a cambiar el orden social del capitalismo desde una política de la autonomía y la autogestión, siendo las cooperativas las formas organizacionales que deberían predominar en estos desarrollos futuros. Para que eso prospere es necesario que el movimiento empiece a prestar mayor atención a los aspectos técnicos para la sustentabilidad de un emprendimiento económico de estas características.

Como lo demostró la historia del siglo XX y lo que va del XXI, el optimismo de Recabarren respecto a que el cooperativismo socialista iba a terminar desplazando al sistema capitalista de producción y consumo resultó completamente errado. La visión del dirigente socialista sobre estimó la capacidad de las cooperativas de poder competir en mercados de intercambio regidos por lógicas mercantiles, y/o sobre estimó las capacidades del cooperativismo socialista para desarrollar las redes de intercambio cooperativo suficientes para asegurar el funcionamiento sustentable de, al menos, un sector cooperativo socialista de importancia en el mundo.

Lo anterior es una lección fundamental para el MPL y para cualquier movimiento político que vea en el cooperativismo y la autogestión una vía preferente de acción en la construcción socialista, ya que supone reconocer que el éxito de las fuerzas productivas propias, mientras subsista el capitalismo como sistema económico predominante, estará determinado por la capacidad de articular la producción propia en redes de intercambio mayores, siendo probablemente necesario incluso asumir criterios de flexibilidad táctica que lleven a asociarse con sectores de la economía solidaria que no necesariamente se declaran o trabajan por el socialismo, pero que sí actúan bajo lógicas no-capitalistas.

Finalmente, es necesario señalar que las raíces del pensamiento y la acción de Luis Emilio Recabarren se encuentran muy asentadas en diversas prácticas de las clases populares chilenas. El ocultamiento o tergiversación de muchos años por parte de algunos sectores políticos, la falta de interés de muchos otros, y la generación de una figura mítica carente de contenidos, han ayudado a que exista un desconocimiento muy grande respecto a lo que realmente pensaba y hacía el hombre que ha sido señalado como “el padre del movimiento obrero chileno”. Este desconocimiento lleva a que existan sectores políticos y sociales completos, como el MPL, que no logren reconocer con propiedad la importancia que tiene el legado recabarrenista en su praxis política actual. Esto es un error político que debe ir siendo corregido, ya que la formación de una teoría revolucionaria propia parte por el reconocimiento y la valoración crítica de las influencias teóricas, prácticas y culturales que los antepasados políticos que lucharon en estas mismas tierras ejercen sobre nosotros, de manera de poder reconocer sus aciertos y errores, así como encontrar los elementos que tienen potencialidad para el desarrollo de las fuerzas revolucionarias del presente y el futuro.

# Bibliografía

- Cruzat, Ximena y Devés, Eduardo (1985) Recabarren: escritos de prensa. Santiago de Chile: Nuestra América.

- Grez, Sergio (2012) Historia del comunismo en Chile: La era de Recabarren (1912-1924). Santiago de Chile: LOM.

- Jobet, Julio César (1971) Obras selectas de Luis Emilio Recabarren. Santiago de Chile: Quimantú.

- Loyola, Manuel (2008) La felicidad y la política en Luis Emilio Recabarren: ensayo de interpretación de su pensamiento. Chile: Ariadna.

- Massardo, Jaime (2008) La formación del imaginario político de Luis Emilio Recabarren: contribución al estudio crítico de la cultura política de las clases subalternas de la sociedad chilena. Santiago de Chile: LOM.

- Movimiento de Pobladoras y Pobladores en Lucha (2014) Acta de encuentro ideológico y orgánico de militantes. Concepción. Documento interno.

- Pinto, Julio (2013) Luis Emilio Recabarren. Una biografía histórica. Santiago de Chile: LOM.

- Piñeiro, Camila (2011) Cooperativas y socialismo: Una mirada desde Cuba. La Habana: Editorial Caminos.

- Recabarren, Luis Emilio (1917) Proyección de la acción sindical. Buenos Aires: La Vanguardia.

- Recabarren, Luis Emilio (1965) Obras escogidas. Santiago de Chile: Editorial Recabarren.

- Recabarren, Luis Emilio (1971) El pensamiento de Luis Emilio Recabarrren. Santiago de Chile: Austral.

- Renna, Henry (2014) Sobre el ejercicio y construcción de autonomías. Santiago de Chile: Poblar Ediciones.

- Salazar, Gabriel (2012) Movimientos sociales en Chile: Trayectoria histórica y proyección política. Santiago de Chile: Uqbar ediciones.

- Silva, Miguel (2012) Recabarren en vivo y directo. Santiago de Chile: Quimantú.

- Witker, Alejandro (1977) Los trabajos y los días de Recabarren. México: Nuestro Tiempo.

1. El siguiente artículo corresponde a una reformulación del trabajo final entregado el año 2015 para el Diplomado en Emprendimiento Social y Economía Solidaria del Centro Internacional de Economía Social y Cooperativa, Ciescoop, de la Universidad de Santiago de Chile. [↑](#footnote-ref-1)
2. En adelante, en algunas ocasiones utilizaremos la sigla LER para referirnos de manera más breve a Luis Emilio Recabarren Serrano. [↑](#footnote-ref-2)
3. Resulta interesante constatar que en la actualidad no es muy común encontrar conceptualizaciones que vean el papel de la recaudación estatal como una forma de *explotación* a la clase trabajadora. Gabriel Salazar (2012) relata cómo el Estado chileno expropió a los trabajadores de sus fondos sociales o de pensiones en el capítulo *El despojo del fondo social (o de comunidades)*, de su libro Movimientos sociales en Chile: Trayectoria histórica y proyección política. [↑](#footnote-ref-3)
4. No tenemos registro de que Reacabarren haya utilizado el concepto de autogestión, pero aquí lo utilizaremos como un equivalente a relaciones de producción donde no hay dirección capitalista y como un anticipo de las discusiones de los apartados siguientes. [↑](#footnote-ref-4)